ECOS DE LA VIDA LITERARIA

Al margen

PERO EL TEJADO NO SE CUARTEA

Por una vez los agoreros no se han salido con la suya. Ni los sesudos doctores que, tras detenido análisis de fiebres y desmayos, y armando cuadros comparativos, tenían dictaminada la insanable anemia, si no la pronta muerte de la narrativa española contemporánea. Muerte, y de veras lamentable, largada como un mazazo absurdo, ha sido la del alavés Ignacio Aldecoa, uno de los grandes de la vitalizadora generación de los años 50: una pérdida en el momento solar del novelista, que, a no dudarlo, pesará no poco en las suertes del género. Pero la novelística hispana sigue en pie. Con nuevos valores (o llegados a la novela desde otros géneros, con el reciente caso de Vázquez Montalbán) y, lo que más importa, merced a acrecidos y válidos aportes de escritores que tienen bien asentado su prestigio desde hace quince, veinte y más años, aquí y mundo adelante. Obras que desmienten clamorosamente los temores y sentencias sobre si atonía, eclipse o colapso de tal o cual escuela de novelar, o aun de la propia novelística. El cabo del año que ahora concluye nos habrá valido tan saludable mentís.

Empieza porque no hubo tal atonía en un año que ha prodigado no sé cuántas obras, viejas y nuevas, de los Sender, Max Aub y otros narradores de fuste de la que llamaron España peregrina. Considera, también, los obstáculos de todo orden —de la moral a lo económico— que los escritores de aquí han de vencer hasta colocar su novela en los escaparates. Vaya por pluma de Candel, en su valiente artículo «Una literatura enconadamente desprestigiada», donde dice de sus colegas, y de sí mismo: «Son unos atletas que corren una interminable carrera de relevos con una antorcha encendida que los soplos de dioses malévolos andan apagando continuamente». La enormidad de literatura, esto es, arrumbada en las gavetas de nuestros narradores. Y, de postre, que si las comparaciones fueron siempre odiosas, más han de resultarlo cuando se establecen poniendo en un platillo el novelar de los de aquí, con las aludidas contras; y en el otro, el de las veinte hijas de la madre patria, puño: mejicanos, peruanos, colombianos, cubanos, argentinos, etc., incluidas las islas de Juan Fernández, las Malvinas y el papiamento de la Guayana holandesa.

Lejos de mí la insidia de que en el número de esas naciones resida, por razón de extensión y «exotismo», y una vez que se habla de novela hispanoamericana globalmente, nunca por naciones individualizadas, el secreto de su presente auge en el panorama mundial, y en la estimación de los propios españoles. Como todos ustedes, reputo gran ventura para nuestro común idioma ese lucido plantel de soberbios narradores allende el mar. Para nuestros propios novelistas, incluso. Mas considero que se les hace poco favor cuando alguien (como en aquel debate abierto por un diario madrileño) dijérase los reduce a mingo para ventilar fobias y malos humores domésticos. Un desairado papel irrespetuoso por ende, que nadie se atrevería a colgar a grandes escritores de otra literatura, entiendo decir, en otro idioma.

Quede eso así. Y vuelta a lo del cabo del año. Pues mientras cundían aquellas lamentaciones y se afilaban las armas polémicas, nuestras letras han registrado retornos que bastaran a marcar con piedra blanca el año que fine. Así, el de Ana María Matute, como novelista, cerrando con «La trampa» la trilogía «Los mercaderes», iniciada en el «Nadal» de hace nueve o diez años. Más sonada aún la reaparición de Fernández Santos, cuyo «El hombre de los santos» reverdece, entrañándolo, un quehacer novelístico dejado en el primor de «Los bravos» o «En la hoguera», al comienzo de los años cincuenta. Y no digamos del «San Camilo, 1936», la novela que de nuestro primer prosista se venía exigiendo desde los tiempos, ya lejanos, de «La catira». Y que felizmente arroja por la borda todos los temores (y las envidias, amén de inconfesados gozos) de que Camilo José Cela quedara estrictamente en eso, en un descomunal prosista, perdidos ya los arrestos para novelar. Novela de una vez celiana hasta las cachas, eso faltase; pero rompiendo con todo lo que el autor consiguiera hasta ahora en buena lid, experimentando con técnicas revolucionarias, poniendo, como nunca, su auténtico yo en el asador. Un libro que marca época, y al cual tocará volver muchas veces y por menudo. Otra cifra para el año, y concluyo, otro audaz remozamiento en el arte de un narradòr es la «Parábola del náufrago». El valisoletano Delibes, gran escritor siempre, pero que parecía un tanto retrepado en su temática y talante inconfundibles, inaugura muy otro modo de narrar, al servicio de una problemática más universal y acuciante (el cambio y lo intentó, en lo formal, en su anterior y alabada novela «Cinco horas con Mario», pero era innovación de menos porte, menos sostenida). Sí, razón sobra a Paco Candel: «enconadamente». Una literautra enconadamente desprestigiada. Por sus propios oficiantes. — M.

UN COMUN PATRIMONIO DE CULTURA

LA GRAN ENCICLOPEDIA DE CATALUÑA

La primera muestra que ha salido a la luz pública, después de una «fama» ampliamente sostenida, produce verdadero asombro, tanto por el ropaje tipográfico y las ilustraciones como por el contenido del texto. Cataluña se coloca con ello a nivel de las más exigentes potencias culturales. Me refiero, claro, al I volumen recién salido de la «Gran Enciclopèdia Catalana», de Edicions 62, que, a pesar de sus casi novecientas páginas, sólo abarca los vocablos comprendidos entre «A» y Amigó». Cabría invocar aquí, sin el menenor conato de hipérbole, todos los viejos tópicos, reagrupados, pero con vida o original, de que se echa mano a raíz de marcados sucesos: el de la piedra blanca, el de los veintiún cañonazos, el de las campanas al vuelo. Pero no sería serio: desde nuestra inveterada condición de sobriedad y cordura, debemonos rehusar, por principio, el ditirambo. Es suficiente con señalar objetivamente, y y casi fríamente, los hechos.

Por lo que respecta a esta «Gran Enclicopèdia Catalana», nnos hallamos, en verdad, ante un cúmulo de realidades cuya presunta existencia ni los mismos habitantes de los países catalanes podían prever. ¿Era posible, en primer lugar, disponer, para todas las ramas del saber actual, de todos los expertos y colaboradores que, sin salirse de nuestros límites concretos, implicica una empresa de tal altura y amplitud? Pensamos, al hacernos esta pregunta, si, en obras paralelas de igual ambición y responsabilidad, que han exigido parara su realización poderosas unidades idiomáticas e incluso participaciones internnacionales, como la «Enciclopedia Italiana» Treccani, la «Encyclopedia Britannica» o «The Encyclopedia Americana», para citar sólo unos ejemplos de notorio renombre entre los estudiosos.

Si se sacan ahora a colación tales antecedentes, no es con el ánimo de establecer fáciles, aunque arbitrarias, comparaciones que no nos llevarían a parte alguna. Cada país y cada época necesitan «su» propia enciclopedia, «su» obra de constante referencia para todo género de dudas. Sólo se se ha tenido en cuenta, al afrontar la «Gran Enciclopèdia Catalana», este propósito elemental, y se ha puesto a su servicio una imponente masa de esfuerzos y voluntades. No se contaba apenas para ello, en Cataluña, con una tradición y unos precedentes. ¿No sería, en el fondo, este vacío una ventaja para hacer, de raíz, una obra perfecta? Sólo en el campo de la bibliografía lexicográfica y gramatical el catalán posee, a partir de la «Renaixença», un acervo comparablele, y a veces superior, al de otras lenguas que presentan en su historia un desarrollo normal, es decir, libre de incomprensiones, trabas y adversidades. Frente a esta situación, en cierto modo homogénea, el de la cultura general «té encara alguns buits insubstituïbles que depenen, naturalment, de mancances de la nostra societat».

Al plantear Jordi Carbonell, con estas mismas palabras introductorias el estado de la cuestión, no ha hecho sino acotar un horizonte o fijar una pauta. Como director de la «Gran Enciclopèdia Catalana», su voz adquiere qué duda cabe, un tono aleccionador y casi atrozmente realista. Aquellos vacíos de la cultura deben ser llenados ahora inexcusablemente, no a tontas y a locas, por supuesto, sino según el eficacísimo «festina lente» que tanto repetía Augusto traduciendo un adagio griego. Y sin olvidar, además, que casi siempre lo que se hace bien se hace de prisa. ¿No es fruto precisamente de aquella cutlura una enciclopedia? He aquí, en esencia, el difícil panorama que se abbría ante quienes, después de rehusar —con indudable acierto— el primitivo proyyecto de traducir y adaptar una gran enciclopedia extranjera, concibieron una enciclopedia de raigambre, forma y dimensión estrictamente catalanas: nacida, en suma de la misma cultura, pese a su situación dificitaria, en cuya lengua se expresa.

No lo dudemos. Sólo este proyecto, no obstante las incontables dificultades y los posibles fallos que deberán superarse, será para siemnpre válido. ¿Que esto obligaba al equipo de trabajo «a partir absolutament de zero en la planificació de l'estructura i de les característiques de l'Enciclopèdia»? Por supuesto. Pero al mismo tiempo contenía una innegable ventaja: la possibilidad de ahorrarse «tot llast antic». La libertad de acción, en suma, ha presidido así, de punta a punta, la magnitud de la empresa. No por prurito desdde luego, de simple individuación entre la masa de enciclopedias existentes, sinoo por motivos de rendición ante lo evidente. No podía hacerse de otro modo.

Como resultado de estas premisas, la «Gran Encicloopèdia Catalana» ha podido configurarse «hic et nunc» de acuerdo con las neccesidades de una indiscutible obra de referencia: la más extensa información sobre los temas «propios», característica común a todas las enciclopedias, puuesto que su utilización queda esencialmente vinculada a una comunidad cultltural concreta; la distribución en círculos concéntricos del resto de la información perteneciente a otras áreas geográficas o culturales, ante el hecho de verse subordinada la densidad relativa de información de cada círculo a su valor intrínseco y a su sentido, por proximidad o correspondencia, en función de los países catalanes; la importancia proporcionalmente superior de los temas cientitíficos comparada con la que suelen ofrecer obras similares, cronológicamente annteriores, en otras lenguas; en fin, como peculiar exigencia de la lengua que ha inspirado la obra, una atención especial a la problemática lingüística, de acuerddo con los postulados de la cultura catalana en su actual coyuntura.

La suma de estas cuatro necesidades, recogidas por Jorrdi Carbonell, realiza el principal objetivo que se propone la «Gran Enciclopèdia Catalana»: su utilización normal, al margen, pero no fuera, de los concretos menesteres de la investigación, en vista del uso cotidiano, periodístico o científico. ¿Resultará fácil siempre la obtención de aquella suma? Es obvia la respuesta negativa. Aunque el problema no exige inatendibles condiciones, como, por ejemplo, el intento de hacer pasar una circunferencia por cuatro puntos dados al azar, supone en todo momento, sin embargo, pulso firme y poder de persuasión. No pueden hacerse aquí fáciles concesiones a determinadas apetencias. El innumerable equipo de colaboradores debe sujetarse, sin posibilidad de escape, a los principios básicos, aunque no rígidos, de un espíritu de disciplina. Este, en la «Gran Enciclopèdia Catalana», procede de un conjunto de personajes de acreditada solvencia: junto a la dirección de la obra, encomendada a Jordi Carbonell, y a la indiscutible autoridad lingüística de A. Aramon i Serra debe situarse la responsabilidad de la edición, asegurada por Max Cahner, Ramon Bastardas y Josep M. Ferrer, así como la asesoría general de Francesc de B. Moll, Manuel Sanchis i Guarner, Joan Hernández i Mora, Joan Fuster y Josep M. Llompart.

Queda así garantizada no sólo la valoración intrínseca de la enciclopedia, sino también —gracias a la procedencia diversa de sus dirigentes: Cataluña, Valencia, las Islas— la total contribución colectiva de los países catalanes a la erección de un monumento cultural que debe ser, sin restricciones un patrimonio común. Quizá se deba también a esta conjunción de puntos de mira el equilibrio que consigue la «Gran Enciclopèdia Catalana» entre las famosas y temidas «dos culturas», la humanística y la científica: es éste, sin duda, su mérito más relevante. Baste considerar, en este I volumen la plausible extensión que junto a vocablos de orden histórico o literario, como «Africa», «Alacant», «alemany», Alemanya», «Algèria» o «Amèrica», revisten otros artículos de orden científico, como «àcid», «agricultura», «aigua» o «alimentació». Todas las dimensiones, en suma, de una enciclopedia han sido determinadas, valoradas y sometidas a examen: nada obedece al azar o a la improvisación.

¿Podrán filtrarse en la «Gran Enciclopèdia Catalana», como en toda empresa humana, errores importantes? Ya desde un principio, Jordi Carbonell alude humildemente a esta implacable servidumbre. Por nuestra parte, nos atreveríamos a señalar desde ahora, no errores importantes, pero sí algunos deslices. Pese al esmerado criterio que se ha seguido en la transcripción de nombres antiguos o pertenecientes a lenguas que no usan el alfabeto latino, es inadmisible la forma catalana de «Agrícola, Cneu Julius» en lugar de «Agrícola, Gneu Julius» así como la de «Àccium» por «Acci» (en todo caso, «Àction» o «Àctium»). Tampoco es correcto «Ossiris» por «Osiris», o «Àbila» por «Àbila», o «Cleopatra» por «Cleópatra». Aplaudimos, en cambio, la acentuación irreprochable de «Etiòpia». Uno de los duendes, en fin, que siempre andan entre cajas y linotipias se ha divertido transformando al «humanista» R. Huysman («Agriccla») en un «humorista». Erraría de medio a medio quien atribuyera estas observaciones a un afán de pedantería o hipercrítica: la «Gran Enciclopèdia Catalana» pertenece a todos, y la deseamos perfecta. En momentos, como los nuestros todavía, de fijación idiomática, no hay minucia despreciable ni esfuerzo baldío. Eso es todo.

Miguel DOLÇ

MESA DE REDACCION

LA VERDADERA INTENCION DEL «TANTO MONTA»

Tarde llega a nuestras manos el hermoso suplemento de «Libertad», el rotativo vallisoletano, en el quinto centenario de la boda de los Reyes Católicos. Entre tanto escrito laudatorio nos complace señalar el ponderado análisis del profesor Demetrio Ramos, del cual destacamos algunas frases. «Ellos —ambos monarcas— no crearon una España que existía desde que las legiones romanas dieron inevitable substancia política y comunidad de sentimiento y relación a una materia con ornal y contenida. Y que la Edad Media —con la invasión islámica— desorganizó y anegó, pero no aventó. El Renacimiento, con la revalorización de todo lo romano, insoslayablemente imponía su restablecimiento... Se volcaron en una universalización, lógica además en aquella época renaciente, y que en cierto modo venía a aprovechar el módulo de la solución conciliar del cisma de Occidente, y no menos la larga pugna de las investiduras, pues si la conciliación de los cristianos había sido posible para resolver en la ordenación religiosa el cisma, otro tanto cabía esperar para la ordenación pacífica, en lo temporal, de todos los cristianos... El mote alejandrino que toma don Fernando, el "Tanto monta" referido al trance del nudo gordiano, bien proclama esa tendencia de arranque universalista, en paralelo a la del genial macedonio tras la concordia de los griegos para una tarea común.»

DONDE NO LLEGUE SALAMANCA

En «ABC» recoge Antonio R. de las Heras una conversación mantenida con el profesor Martin Nozick y el matrimonio Kerrigan, en la casa-museo de Unamuno en Salamanca. El poeta Anthony Kerrigan, norteamericano de cuna, pero irlandés de estirpe (entre Palma de Mallorca y Dublín divide sus días), y ventajosamente conocido entre los escritores hispanos, en unión de su esposa —traductora de Ana María Matute y de Cortázar— y del profesor citado se ha impuesto la tarea de presentar, en diez volúmenes, una versión inglesa de la obra de don Miguel. La empresa está apoyada por la Fundación Bollingen, y el primero de los volúmenes en programa —«Vida de don Quijote y Sancho»— está ya en la calle. El equipo traductor realiza en Salamanca la tarea previa de salvar las anotaciones marginales de mano de don Miguel en los mas que 5.000 volúmenes de su biblioteca con otros relieves de su nutrido epistolario y demás papeles que nadie (fallecido el profesor García Blanca, devoto del maestro) se aplica a consultar. La idea inicial fue la de compulsar las citas aducidas, no siempre correctamente, por el escritor. El resultado, salvar lo que iba camino de perderse. «Es triste —dice la señora de Kerrigan— que en Salamanca no haya un curso sobre Unamuno, sin embargo, en Norteamérica, en muchas de sus universidades, hay o habrá un curso sobre Unamuno.» No es la única tristeza, ni sólo tristeza.

UN LIBRO UNICO, YA FAMOSO, DEDICADO A LOS QUE SE FUERON

EL DRAMA DE LA AUSENCIA

(LA MUERTE DE LOS SERES AMADOS)

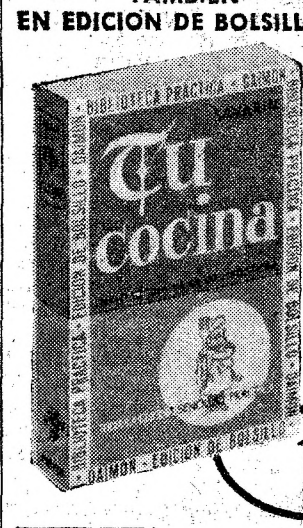
por JOSE M.ª COMAS ROCA

«Libro originalísimo y profundo que llega al corazón.» José María PEMAN de la Real Academia Española

«Obra admirable, impresionante, que abarca el tema en su totalidad.» Federico GARCIA SANCHIZ de la Real Academia Española

320 páginas. 125.— pesetas. EDITORA MEDITERRANEA. Ortigosa 14 Teléfonos 221-57-12. Y principales librerías

DAIMON PRESENTA LOS TAMBIEN EN EDICION DE BOLSILLO Tu



TU COCINA ENCICLOPEDIA DE GASTRONOMIA

100 pts.

PIDALO A SU LIBRERO O BIEN A EDICIONES DAIMON, MANUEL TAMAYO PROVENZA, 284 - BARCELONA (8)

FELICMENT, JO SÓC UNA DONA

EDITORIAL nova terra BARCELONA

MARIA AURELIA CAPMANY

VAL MES ESCRIURE UNA GRAN NOVEL.LA, QUE MALEIR LA CONJUNTURA

TELEVISORES

sin entrada, 125 pesetas sem. FIADOR UNICO, piso estable a su ent. comodidad. Disfrútelo hoy, no lo piense mas. OBSEQUIO mesa y antenas. T. 2267690

CONEJOS CONEJARES MASALLES

TALLER: RIPOLLET GRANJA: HORTA VENTAS: PLAZA TETUAN, 13 TEL. 226-23-62 - BARCELONA